

PLATICAS POPULARES

OTROS EJERCICIOS SOBRE LA PRIMERA COMUNION

PLATICA DECIMACUARTA.

Sobre los efectos que produce la santa Comunion en las almas que la reciben dignamente.

EXORDIO. — No quiero cansaros mucho esta mañana. Hayer os decía, que el mejor medio de prepararse á huespedar dignamente á Jesús sacramentado en nuestras almas, es el excitar en su corazon ardientes deseos de recibirle. ¡ Ah! no me digais que se derriten vuestros pechos con solo pensar á este tan feliz momento, lo creo con toda firmeza. Quien sabe si no los hay quienes lo han soñado... Lo que ciertamente puede decirse que todos esta mañana, al despertaros, habeis sentido latir vuestro pecho de alegría, al santo recuerdo de que amaneció ya por fin el dia tan deseado y llegó la hora feliz. Augmentad en vuestros corazones estos santos deseos, haciendo actos también actos de fé, creyendo firmemente que aquel que vais á recibir dentro de algunos instantes, aquel que viene á vosotros encubierto bajo las especies sagradas, es Jesucristo mismo, el divino salvador del mundo, la segunda persona de la santísima Trinidad, el nacido Betlehen, el hijo de la Virgen Maria, aquel mismo Redentor del genero humano que, tomando un cuerpo y una alma, derramó sobre la cruz hasta la última gota de sangre para nuestra salvacion..... Humillaros tambien y anonadoros ante su divino acatamiento, hijos míos. Si Santa Elisabeth cayó atónita y se exclamó: « ¿Pues quien soy yo, para que la madre

de mi Salvador venga á visitarme? cuales deben ser nuestros sentimientos al pensar que no es la madre del Señor, sino el Señor mismo, quien nos honra con su venida. ¡ Ah! quien soy yo, decid, Hijos míos, para que tú, O omnipotente Señor de todo lo criado, rey de los cielos y tierra, tú ante quien temblan los ángeles, se encorvan los principados y que adoran los tronos, quien soy yo sí, para que os digneis visitarme y tomar en mí humilde morada. Haced tambien, Hijos míos, actos de amor; Jesús quiere unir su corazon al vuestro, levantaos e id á presentaros, á abismaros en aquel pielago de dulzura.

PROPOSICION Y DIVISION. — Yo quiero alardear con pocas palabras vuestra confianza y sostener vuestro alentado pecho, si quiero explicaros en breve los efectos de una buena comunión. La doctrina cristiana dice que son: primeramente aquel de uniros á Jesucristo, fortacer vuestra alma, aumentando en ella la vida de la gracia, acalmar nuestras pasiones, y echar sobre vuestros oraciones el principio de la resurreccion gloriosa.

Parte primera. Y en primer lugar, ¿que cosa es unirse á Jesucristo por medio de la santa comunión? — Es abismarse de tal modo y con tal especial manera en su misma entidad, que su corazon sea nuestro corazon y su alma nuestra alma. De comulgar salía, o de decir la misa sin duda, el apóstol de las naciones, cuando, llevado cuasi fuera de sí, se exclamó con entusiasmo: ¡ Ah! vivo yo, más no yo, sino que vive Cristo en mí. Tal es nuestra union con Jesús, cuando venimos de comulgar, que no hacemos más que uno solo con El. Una comparación, que saco de un santo doctor, os lo va hacer comprender. Figuraos dos peazos de cera derritidos en un mismo vaso, están al cabo tan mezclados que ya no forman más que uno solo. El calor del fuego ha producido esta union. Así tambien, hijos míos, con tanta fragua se dirriten y funden nuestras almas en la santa comunión con aquella del Señor, que no forman ya más que una sola. Hayer os hablé de Señor, aquella bendita Imelda que unió con tanta efusion su alma con la de su divino Salvador, que no pudo ya separarse de El, y que voló para consumir en la divina gloria aquella terrestre union...

Parte segunda. ¿O cuantos santos y santas, cuantas almas piadosas, podian, con toda verdad, tambien exclamarse, semejantes á los bienaventurados cu-

ando acababan de hacer la divina comunión : vivó yo, más no yo sino vive Cristo en mi. Cuentase de una de ellas, que al acabar de recibir á Jesús sacramentado, cayó en éxtasis. Presentósele, Jesús... y cogiéndole el corazón en sus sagradas manos lo puso á la boca de su llaga, le hizo pasar por su divino costado hasta hacerlo tocar á su mismo corazón. — Hijos míos, Hijos míos, ¡que singular beneficio! Lo mismo se pasará mañana con vosotros, mas con mayor misteriosa manera. Dádle de toda verdad vuestros corazones, y él os dará el suyo. Y así creo que queda manifestado, que el primer efecto de la comunión es unir vuestras almas y vuestros acendrados corazones con el alma y divino pecho de Jesús. El segundo efecto de la comunión es sustentar vuestras almas. Todos sabéis como se alimentan nuestros cuerpos, el pan y otros alimentos que tomamos pasan de la boca al estómago, allí se transforman y se mezclan con la sangre y se distribuyen por todas las partes de nuestro organismo, cambiándose por fin en nuestra propia sustancia. Si pasamos algún día sin tomar alimento, pronto nos sentimos flojos, y si durase esto por largo tiempo moriríamos. Pues semejantes efectos produce la sagrada Eucaristía sobre nuestras almas. Lo que llamamos de ordinario vida del alma, no es otra cosa que la gracia santificante, penetrando todas nuestras acciones como la sangre los miembros, animando todos nuestros actos, esto es, rebotando de gracia y haciéndolos meritorios ante el divino Señor... La presencia de Jesús sacramentado en nuestras almas aumenta y sostiene en nosotros la vida divina... Por consiguiente, con toda verdad puede decirse que es la Eucaristía alimento espiritual de nuestras almas, como el pan del cuerpo.

Parte tercera. Un tercer efecto de la santa comunión es aquel de calmar nuestras pasiones. Habiéndose puesto algunos señores bajo la dirección de san Bernardo, y encontrándose al cabo muy cambiados; Padre, le decían ellos, como comprender que, en si poco tiempo, se hayan obrado sobre nosotros tantos prodigios. El orgullo nos tiranizaba, eramos sensuales, libertinos y hoy en día hemos del todo cambiado. Las pasiones se callan, el corazón... El Santo les respondía, la presencia de Jesús en vuestras almas produce estos santos efectos; dad gracias al Señor por beneficios tantos. Hijos míos, yo también quisiera que el santo sacramento que

vais á recibir produjera tales efectos sobre vosotros, que todos pudiesen decir... Este niño era antes embustero, enclinado á la soberbia y lo vemos ahora diciendo siempre la verdad y sumiso á sus padres. Era esta niña pretenciosa, liviana, lijera, y hoy todo el mundo la tiene por muy cuerda y muy modesta. Vuestro ángel guardiano diría: y porque os causa extraño tan poca cosa, majores vereis, porque Jesús mora en sus almas...

Quarta Parte. — La santa comunión echa sobre nosotros el principio de la resurrección gloriosa... Hijos míos, ¿pues que hay de extraño que el Dios que vais á recibir produzca tantas maravillas como cumple el Señor con nosotros? Mientras vivía sobre esta tierra una mujer, que estaba enferma desde muchos años atrás se acercó á él y decía « Sé, que si le puedo tocar tan solo las franjas de sus vestidos quedaré curada » Y su fé fué reunmerada con especial milagro.... Vosotros, estimados Hijos míos, vais sobre pronto, ¡O feliz dicha! no solamente á tocar las franjas de sus vestidos, más á huespedarle en vuestro corazón... Por pequeña que sea, habrá en vuestra sangre una gota de su sangre, y si permanecéis fieles ante este divino cordero; no digo que prorogando las leyes de la naturaleza, aunque vuestro cuerpo á la putrida postema que sobre todos pesa, más si que aseguro, que aquella pequeña parte del cuerpo y sangre de mí Jesús, semejante á la chispa, que encumbre sin recelo la paja... explotándose un día cual llama bendita, hará resucitar nuestros cuerpos para la vida eterna. Plazca al cielo que la sagrada Eucaristía que vais luego á recibir produzca tales efectos en vuestras almas, y que permanezcan á jamás unidas con su amantísimo esposo hasta la vida eterna, Amen.

PLATICAS POPULARES.

OTROS EJERCICIOS SOBRE LA PRIMERA COMUNION.

PLATICA DECIMAQUINTA.

(Domingo por la mañana, despues del Evangelio.)

No hay dias más hermosos en la vida que aquellos que la religion santifica.

TEXTO. *Hæc est dies quam fecit Dominus, exultemus et letemur in ea*; He aquí el dia que hizo el Señor, alegremonos y que nuestros corazones sobrepugen llenos de júbilo y contento.

(SALMO CXVII, CAP. 24)

EXORDIO. Hermanos míos, mi pecho late de alegría al veros tan numerosos en este templo. En los países que se acostumbra tan solemne ceremonia, por doquier el corazón ha sentido que este dia queda muy celebrado en la memoria humana, y que mientras vive el comulgado lleva siempre gravado en sí mismo el dichosísimo recuerdo de este instante tan feliz. Decidme, vosotros Señores de mi alma, que habeis vivido entre espantosos y asombrosos riesgos; vosotros que habeis, hasta tal vez puesto por largo tiempo? en olvido vuestros sagrados deberes de cristiano. ¿Que sentís en lo más íntimo de vuestras almas en este momento? Al volver vuestras enternecidas miradas hacia este puesto en que se encuentran asentados vuestros encarecidos hijos; revolviendo lo pasado, y mirando bien atrás hasta aquel mismo dia en que vosotros ocu-

pabais su puesto y lugar. ¡Ah! decidme, ¿que sentís?... Transportaos completamente á aquel instante entre todos solemne; figuraos que ceñidos todavía vuestros brazos con blando entorchado, que colgada en vuestro pecho la medalla, y el rosario en la mano, estais esperando el momento de vuestra union con Jesús, aquel de vuestro sagrado espesorio con nuestro amenísimo Redentor. ¡Ah! decidme, si decidme, pues qué, no se conmueven vuestros corazones, no palpitan de gozo vuestros pechos y no rebosan alegría vuestras almas... Decidme, ¿nada sentís? ¡Omnipotente redentor y eterno Dios! Si fuere así; si estos recuerdos les dejan frios y de hierro... apiadaos, Vos que sois misericordia infinita, bondad suprema de su desgraciada suerte, porque quien puede atreverse á esperar que sea feliz, sin vuestra ayuda, su eternidad...

Y vosotras doncellas, casadas ó madres que me escuchais... no es tambien aquí mismo que estabais sentadas en aquel dia de vuestra suprema felicidad. Ved hoy á vuestras hijas, en quienes la suave melodia de sus formas, se concierta con la deslumbrante belleza de sus almas. Ved, reparad esa explosion de sus sentimientos, notados en esas felices actitudes encontrados tan solo por genios verdaderamente pictóricos, ese cruce de manos; esa genuflexion de rodillas; ese resplandiente rostro que parece erezirlas sobre las demás criaturas; esa humilde plegaria que exalan sus labios; esa medida que las haría tomar más bien por ángeles en carne humana que por mortales de esta tierra. ¿Todo eso no os dice nada? ¿Todo eso, no os recuerda nada?.. No lo sé, mas si por desgracia vuestra todo se os hubiera á algunos caido de la memoria; y los beneficios con que os colmó el cielo en este dia, y las santas emociones que hizo brotar de vuestros corazones, cuan amargos deben ser haora vuestros remordimientos; cuan azorados vuestros temores. Mas pasemos adelante.

Hay dias á los que dió la Iglesia con particular devocion el nombre de dichosos. « He aqui el dia del Señor, nos canta en sus hymnos esta divina madre en aquel de la resurreccion de nuestro Redentor; alegrémonos, y regociyémonos en él, porque es para todo el mundo dia de felicidad y de alegría y de supremo gozo. ¿Pues porque, ¡o Madre mía! nos hablas así? No es el Señor quien hizo todos los dias, y podría encontrarse acaso uno que no sea de El, que no haya amanecido

para su mayor gloria, y que luzca á su alabanza... Hermanos míos, todos los días son del Señor, es verdad, más este debe pareceros bendito entre todos porque os procura mayor triunfo y mayor gloria: Qué, tal alto fue en él su poderío que hasta los infiernos bramando de rabia tubieron que confesar su desecha, y que los hombres de buena voluntad recibieron seguras arras de sus esperanzas, de su felicidad eterna. Hijos míos, si, días hizo el Señor para todos, más este tan solemne os lo consagro con especial intencion como muy debido á vuestro gozo; y se la consagró tambien con particular reserva, como muy debido á su amor sagrado, y al levantado ensalsamiento de la santa Eucaristía. Así como la Iglesia llama aquel del Señor, del Señor y nuestro podriamos llamar al presente, y si de aquel se dice que colma de felicidad y dicha á los hombres de buena voluntad, felicísimo y dichoso será este para vosotros si están puros vuestros corazones y limpias vuestras almas, porque tendrán en él fin y cumplimiento vuestros encendidos deseos y recibirán alentado brio y firme galardón vuestras esperanzas. *Hæc est dies* etc.

PROPOSICIÓN Y DIVISION — Hermanos míos, quisiera, aunque no haya subido por vuestros hijos especialmente en este levantado púlpito, quisiera, digo, hacer con vosotros al paso algunas reflexiones de las que podreis sacar todos mucho provecho. Vamos á ver. Desde luego, dos son las proposiciones que voy á esplayar. En la primera os manifestaré que los más bellos días de la vida son los que la religion santifica, y en una segunda oireis que la religion tan solo puede procurarnos dulces regocijos y saludables y santas emociones.

Parte primera — ¿Quien de vosotros, hermanos míos, sirviendo la bandera Española, ha seguido aquella tierra con tanta sangre comprada, y que llamamos Marruecos? Si los hay y que mienta que lo digan... Cuéntase, que encuan to deja el viajero las posiciones que florecen en plena paz bajo la proteccion poderosa de nuestras bayonetas, se le siente apretar el corazón de tristeza. Por doquier que vuelva sus miradas, no se le presenta más que ardientes arenas, desmedrados árboles, y achaparradas ramas... Quince leguas, y á veces más, tiene que acer para encontrar pozos de agua dulce y un oasis. Llegados allí, los nomadas se sientan al ombra de sus esbeltas palmeras, hacen apacentar sus animales con los abundantes pastos que hay al rededor y no se van de

aquel sitio hasta que lo han esquilado. Los viajes por medio de aquellos secanos desiertos podrian compararse á la desalentada carrera de nuestra vida. Dios mio, Dios mio, los días felices son claros, muy claros en esta desterrada vida, más claros que los oasis entre las quemadoras polveras; tan claros, que si con mente sana los buscó, con los cinco dedos de la mano tendré bastante para contarlos. Feliz sin duda es aquel para los esposos cristianos en que, después de haberse preparado por largos días á recibir el augusto sacramento del matrimonio, vienen á prostrarse á los pies del altar sagrado, aquel en que, poniendo sus enamorados pechos bajo la proteccion del dador de todo lo criado, se juran ante Dios y ante los hombres con incendida voluntad fidelidad eterna... ¿Más no es la religion quien consagrand o con sus santas ceremonias tan dulces lazos procura á los devotos cristianos este dichoso día? Mil veces más feliz y más dichoso es para la joven doncella aquel tan deseado, en que, renunciando por fin con voluntad propia á todas las vanidades y pompas, dejando tras sí el mundo con todas embusteras hechizarias; e postra ante vuestros divinos tabernáculos y entre tus virgenes, amante esposo, pide entrada, ¡Ah! ora que sea su destino arrancar á la grosera ignorancia á millares de niños, ora pasar su vida á la cabecera de los moribundos, o curar las más asquerosas llagas... que le importa, con tal que cumpla siempre con la voluntad eterna; con tal que se sacrifique por él que la escogió por suya. ¡O noble esposa de Cristo!.. cuan bella debe ser para tí esta fiesta, y conque virginal anhelo debe palpitar de amor tu ablandado pecho en este día... Hermanos míos, la religion es tambien quien preside á tan solemne ceremonia. ¿Y que os hablaré ahora del joven levita, postrado á los pies del ilustre prelado y recibiendo aquella unción sagrada que le pone más alto que á los reyes, y le dá la dignidad del sacerdocio? ¡Oh! ¡Oh! Hermanos míos, si bello, y dichoso, y feliz es tambien aquel día... Más lo repito, la religion santa es tambien quien se lo procura. Hijos míos, he aqui tambien para vosotros un brillante y hermoso día. Hermoso entre los más hermosos, y al que pusieron el nombre de más hermoso de la vida. Escuchad una historia. En el año 1804, no se me acuerda á lo cierto si se pasó el acto en el palacio que habitaban los soberanos de Francia y que se llama Thuieries, osi tubo lugar en aquel otro aun más encantador de Versailles; lo

cierto es, según el historeador cuenta, que se encontraban allí reunidos muchos oficiales, y muy distinguidos jefes del ejército del primero de los Napoleones. No sé como, ni de que manera sucedió, que hablando les ocurrió la question siguiente. Pues Señores, ¿cual ha sido para cada uno de nosotros el día más bello de la vida?. Entre aquellos generales, cada cual ilustre á su manera, todos ornados de muchas decoraciones, y cubiertos los pechos de cruces, el uno decia : Aquel en que fui vencedor en tal batalla; aquel en que me levantó mi suerte á la alta dignidad de mariscal de Francia. Y el de vuestra majestad, pidieron en fin en coro los generales al Emperador; mas son tan numerosos los vuestros gloriosos, que á nadie le fuera aqui posible el acertar aquel que de mayor dicha os colma : Consul, emperador, vencedor en veinte campos de batalla, nadie sabe y, según se cree, puede vuestra majestad tanpoco, aquel en que la fortuna le fue más propicia. Recogiéndose un instante, y con muy risueño semblante, con mucha pausa por fin respondió. *Amigos míos, el más bello y el más dichoso día de mi vida fue el de mi primera comunión.* Y esta misma palabra, la repetía aun más tarde, cuando estaba prisionero á santa Helena... Hijos míos, que semejantes á aquel viejo emperador, jamás se os caiga de la memoria tan señalado día, y que también á su semejanza, no importa cual fuere vuestro destino, le considereis siempre como el más bello, más héchezero y más feliz de vuestra vida...

Parte Segunda. Añadí que nuestra santa religion era la fuente manancial de toda verdadera alegría, y de las más saludables emociones. Por poco, hermanos míos, que querais reflexionar conmigo algunos instantes, que querais sacudir aquella tibieza que seca nuestro corazón, y hasta obscurece en nuestras almas el verdadero conocimiento de nuestros intereses eternos; por poco digo que levanteis un instante vuestros corazones al cielo, que procureis deshaceros de aquella avaricia que os arrastra hacia todo lo que es tierra y tierra siente; comprendereis cuan engañados andais al creer que podeis tratar con menoscabo cuantos deberes os impone la religion y que son ingratos, si y muy ingratos, ciegos y de particular ceguera los que con tan poco respecto la tratan. Tal vez los hay entre vosotros cuya santa fé, aunque algo acabada no haya

desaparecido del todo, cuya vida cristiana se sostiene muy laguida... Pues no reparo en deciros que esta misma poca fé... son sin embargo para ellos la fuente de las más puras alegrías, y de todo el júbilo que gozan en esta tierra. De donde viene aquel risueño semblante que poneis en las grandes solemnidades de nuestra Iglesia. Yo os ví muy bien compuestos en el día de Navidad, al acercaros á adorar el divina nacido. Mis orejas entendieron también vuestros alegres alleluias al día de la Resurreccion del Señor. A mí me parece que vuestra dicha era mayor en aquel día; todos estabais más contentos. No sé que divina atmósphera embalsamadora circunda en tales aniversarios; todo respira gozo y alegría. ¡ Ah hermanos! cuan bellas son estas fiestas y que mancial fuente de felicidades para todos aquellos que viven en buenos y verdaderos cristianos.

Más por no hablar que de la sagrada ceremonia que nos reúne en este momento, decid, no laten, si, vuestros corazones de júbilo y de alegría á vista de estos ángeles benditos que están esperando el momento feliz y con quienes quiere signar dentro de pocos instantes el divino Redentor pacto de amistad. No creo que haya uno tan solo entre vosotros, por mas impio que fuere, que no se sienta movido ante tan divino espectáculo, y que, en lo más profundo de su acendrado pecho, no encuentre hasta una pena viva de no poder, no se por que razon, tomar parte con ellos á tan augusto banquete. ¿Y qué os diré ahora de los parientes? Ved á ese padre, á esa madre, los ojos clavados sobre sus encarecidos niños, llenos de lagrimas y sin poder despegarles de allí un instante. ¡ Ah! este día es para ellos el más dichoso de la vida... Pues este júbilo, esta felicidad, esta alegría es la Iglesia, es vuestra santa religion quien os la dá, quien os la procura.

Yo añadí que es también la santa religion fuente manancial de las delicias puras, y lo vais á comprender... Seguid con el pensamiento á esos niños. Estamos ahora á las vispera de este solemne día, y pocos momentos antes de irse á acostar... veis á ese hijo, á esa hija portrados á los pies de su enternecidos padres... pues porque, y que hacen. Escuchadles : padre mio, madre mia, les dicen, perdonadme todas mis desobediencias, todas mis maldades, todos los disgustos que os he causado; Oh! ya no os ofensaré más, yo os prometo que me enmen-

daré; de hoy en adelante seré mejor. Y ablandados el padre y la madre con estas dulces palabras, movidos sus pechos de sentimiento, y hasta vez, los ojos preñados con lagrimas, les estrechan á su corazón y les cubren de mil acarriadoras besos en signo de reconciliación... Y esta mañana, ¡ah decídmelo, padres y madres! cuando al levantarse vuestros hijos se han de nuevo derribado á vuestros pies pidiéndoos la bendición, es que allá en lo más íntimo de vuestro pecho, no sentiais latir vuestro corazón. Decídmelo, si decídmelo, ¿no son estas las más santas, las más puras delicias de que pueda disfrutar el corazón de un padre, de una madre en esta tierra? ¡O Religión santa de mi Salvador Jesús! tú eres aun quien con suma bondad nos las procuras.

CONCLUSION — Y cuantas consideraciones pudiera exponeros aun, queridos hermanos míos. todas pondrían de manifiesto que nuestra santa Religión es fuente de pura alegría, de santa felicidad para todos y muy especialmente para aquellos que cumplen con fidelidad vuestros preceptos. Más me acuerdo con cuanta ansia me deben estar esperando estos niños. ¡Ah! suspirad si, queridos hijos e hijas tras la divina venida de Jesús, dentro de pocos instantes va á tomar posesión de vuestras almas. Suspirad, si, el Señor acoge siempre con amor aquellos piadosos llantos, aquellos tiernos supiros. Cuéntase de San Francisco de Jesús que no podía contenerse, ni estar sujeto cuando llegaba el momento de la santa comunión. Allega, se exclamaba, que mucho tardas, momento feliz en que podré recibir á mi Jesús y á mi Dios.. Cuando oía tocar una hora; vamos decía él, un poco de ánimo, mi alma, dentro de seis horas, dentro de cuatro, de cinco, de tres, de dos, de una, vamos, vamos, estamos ya, voy por fin á dar humilde morada á mi Redentor, ¡ ah feliz dicha ! ¡ah mi Dios y mi amor!..

¿Son tales vuestros sentimientos, caros hijos míos?... si ya se acerca el momento feliz, dentro de algunos instantes tendrán cumplimiento vuestros santos deseos, saliendo Jesús de esta copa sagrada, vendrá á tomar posesión de vuestro corazón... ¡Oh ! cuando le tendreis allí, después de haber desahogado vuestro pecho entre inefables coloquios, acordados de rogar por vuestros encarecidos padres y madres; por todos aquellos que amais, afin de que podamos alcanzar la gracia de encontrarnos juntos en aquella fiesta infinitamente más bella que la de este día y que se llama la eterna gloria. Amen.

PLATICAS POPULARES.

OTROS EJERCICIOS SOBRE LA PRIMERA COMUNION.

PLATICA DECIMASEXTA.

Domingo á visperas, antes de renovar las promesas del Bautismo.

Sobre lo que han sido vuestros hijos, lo que son, y lo que serán un día....

TEXTO. — « Bendice, ¡O mi alma! al Señor, cantad; o todas mis potencias! las alabanzas de su santo nombre. » *Benedic, anima mea, Domino et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus.*

(SALMO CII.)

EXORDIO. Hermanos míos, colmado de beneficios por el Señor, el Santo Rey David se exclamaba, entre sobresaltos de gratitud y de alegría. « Bendice, o mi alma, al Señor y que todos mis sentidos y potencias ensalzen á su santo nombre. Me sanó de todas mis enfermedades, me protejió con su admirable Providencia, me sostiene con su gracia, atiende á todos mis deseos, derrama sobre mí cuantos bienes necesito... ¡Ah! bendice, ¡O mi alma! al Señor; ensalza, mis potencias, á su santo nombre, porque Santo, porque bueno porque justo es el Dios de todo lo criado. Y que cosas deberiais decir tambien vosotros en este día, si que-